

**Virgo Ther. dirigat mentes et manus.
Deus autem benedicat et illuminet.
Pío PP. IX.**

(Pío IX al Director y Redactores de esta Revista en 15 de febrero de 1875)

Oremus pro Pontífice nostro Pío.

¡GRACIAS MIL, JESÚS DE TERESA! ¡GRACIAS MIL, TERESA DE JESÚS!

Con estas palabras nos hemos despedido todos los años en este mes de nuestros queridos lectores. Estas han sido las primeras palabras que han brotado de nuestro corazón inmensamente reconocido al escribir el último número de la Revista *Santa Teresa de Jesús* en los cinco años que lleva de existencia. Y ningún año podemos y debemos pronunciarlas con tanta gratitud como el presente, al entrar en el año sexto de la publicación de la *Revista* consagrada a hacer conocer y amar a la sin par Doctora mística Teresa de Jesús. Porque a los beneficios de ver extendida por toda España y elevada a Archicofradía por el inmortal Pío IX la humilde Asociación teresiana; a los más singulares de ver brotar de esta Archicofradía, cual dos vistosos pimpollos que han de dar frutos de salud abundantísimos para todo el mundo, el Rebañito del Niño Jesús de Teresa y la Compañía de Santa Teresa de Jesús, se ha añadido este año un beneficio que encierra en sí miles de beneficios, cual es la feliz realización de la peregrinación teresiana. Si de la Revista brotó la Archicofradía, y de la Archicofradía el Rebañito y la Compañía de Santa Teresa de Jesús, de la peregrinación teresiana brotarán miles de obras, en obsequio todas de Santa Teresa de Jesús, como derivaciones de su Hermandad Teresiana universal. No lo dudamos. Teresa de Jesús, que sufría toda clase de desprecios y dictados infamantes, menos el de ingrata, sabrá agradecer y recompensará largamente los sacrificios de todas clases que sus hijos y amantes, en especial los de las apartadas provincias de Cataluña, Aragón y Valencia, han hecho gustosísimos para probarle una vez más su apasionado amor.

Por de pronto podemos anunciar a nuestros queridos lectores la formación de la *Hermandad teresiana universal*, que será como el arca santa que ha de librar del naufragio eterno a miles de almas, por medio de sus tres especiales fines de propaganda teresiana, de la que daremos cuenta detallada más adelante. Y con esta Hermandad universal ha de crecer y desarrollarse otra Hermandad universal de sacerdotes teresianos, los que, cual avanzados y celosos centinelas, han de iniciar, promover y sustentar todas las obras que se consagren a procurar la extensión del reinado del conocimiento y amor de Jesús, María y José, por medio de Santa Teresa de Jesús. Es ésta una obra necesaria; el sostén y complemento de todas las obras teresianas; y Jesús y su Teresa, que tan generosos se han mostrado fomentando lo menos, no han de ser escasos con lo más esencial.

Permítasenos, pues, por los inmensos e innumerables beneficios que de Jesús y su Teresa hemos recibido en el discurso de nuestra vida, y en especial por los de este año y los que nos han de dispensar en el venidero, repetir millones de veces: ¡Gracias mil, Jesús de Teresa! ¡Gracias mil, Teresa de Jesús!

Mas no sólo debemos desde las páginas de nuestra *Revista* dar gracias a Jesús y a su Teresa, sino también a todos sus amantes y devotos, que con un celo y caridad verdaderamente teresianas han ayudado a nuestra pequeñez para llevar a cabo la peregrinación teresiana.

Sí, gracias mil a los ilustrísimos Prelados de Salamanca, Ávila, Oviedo y Eumenia, que han formado la vanguardia gloriosa de tan hermoso acto. Gracias mil a los señores y señoras de las Juntas, que con un celo y abnegación superior a todo elogio han facilitado hospedaje y medios de conducción a todos los peregrinos. Gracias mil a las religiosas y a todos los que de cualquier modo han contribuido a facilitar dicha peregrinación. Nosotros, y con nosotros todos los peregrinos, les enviamos nuestro más cumplido pláceme.

Y para probarles mejor nuestro profundo reconocimiento les aseguramos no olvidarnos ningún día delante de Jesús y su Teresa de los que, de un modo o de otro, Jesús y su Teresa cuentan en el número de los peregrinos y protectores de la peregrinación.

El Director y Redactores

LA PEREGRINACIÓN

A LA CUNA Y SEPULCRO DE SANTA TERESA DE JESÚS

Es un hecho ya la tan suspirada y tanto tiempo ha anunciada peregrinación Teresiana a Ávila y Alba de Tormes.

La idea que nuestro íntimo y querido amigo el Solitario echó a volar por vez primera diez meses atrás¹, y que la *Revista Teresiana* hizo suya y sostuvo con todo empeño, es ya un hecho glorioso que honrará las páginas de la historia, encargada de narrar todo lo que la España católica ha hecho y trata de hacer en obsequio de su más ilustre paisana Santa Teresa de Jesús.

Es la primera de las peregrinaciones que se han hecho en obsequio de la celestial Andariega, y siempre la *Revista* de Santa Teresa de Jesús tendrá la gloria indisputable de haber concebido y llevado a cabo con toda felicidad este pensamiento santo. Vendrán, no lo dudamos, tras esa peregrinación teresiana otras muchas, pues la gran Bullidora y Robadora de corazones, Teresa de Jesús, aunque la miramos contentísima con este primer ensayo, digámoslo así, de peregrinación, no estará satisfecha, y por de pronto ya están anunciadas para el 15 del próximo octubre una nueva peregrinación a Ávila y otra a Alba de Tormes. Serán, si se quiere, las peregrinaciones teresianas venideras más numerosas, más gloriosas, más ruidosas, pero no más devotas, más amantes del Serafín del Carmelo. En cuestión de amor a nadie cedemos la palma. Confesamos ingenuamente, y con mayo verdad que Teresa de Jesús, que estamos hechos una imperfección, menos en los deseos y amor.

Tenemos para nosotros que las devotas peregrinaciones son hoy día, entre todos los obsequios que los españoles pueden prestar a su Paisana, los que más le placen. Porque además de ser estos concursos piadosos, que ponen en movimiento y despiertan el entusiasmo de tantos corazones, los más conformes al genio activo y emprendedor de la Celestial Baratona, a quien apellidaban en su tiempo los mal avenidos con sus hazañas, Jesuina inquieta, andariega y revoltosa, tienen otra ventaja inmensa, cual es la de poner en contacto corazones que laten a unos mismos impulsos, que aman, que sienten y elevan una misma cosa, que es dar a conocer a Jesús, celar su mayor gloria y divinos intereses por medio de Teresa de Jesús.

Y con este contacto de corazones generosos, pues no pueden ser devotos de la gran Teresa en verdad si no sienten bullir en su pecho la centellica del celo de la mayor honra de Jesús, se aviva el celo, la llama de la caridad adquiere inmensas proporciones, y sólo Dios puede calcular los bienes inmensos que pueden hacer brotar.

¡Oh, cuántas veces se alegró y se ensanchó nuestro corazón de un modo inusitado al contemplar confundidos a los activos catalanes con los piadosos valencianos, a los aragoneses con los nobles castellanos y andaluces, soportando alegres las fatigas de tan largo viaje, siempre de buen humor, orando siempre o cantando alabanzas a la gran Teresa demandando su protección!

¡Cuántas veces oímos rugir el infierno y bramar a Satán, mal avenido con esta manifestación de fe vivísima y tiernísima, netamente española, que expresaba el deseo ardentísimo de millones de católicos y españoles, que no buscan otra cosa más que enardecer la llama de su fe y de su caridad a la vista, al contacto del corazón transverberado y espinado de su hermana Teresa de Jesús!

Cómo se abría el corazón católico y español a las más dulces y consoladoras esperanzas al ver prostrados ante la tumba de Teresa a cuatro ilustres Prelados, guardadores el

¹ Véase el número 50 de esta *Revista*, correspondiente a noviembre del pasado año.

uno de la cuna de Teresa de Jesús y de su Reforma santa, y el otro de la cuna de nuestra Reconquista, como si se quisiera significar con este hecho providencial que la cuna de la Reconquista de la fe y de la caridad está íntimamente enlazada, unida inseparablemente a la cuna de Teresa de Jesús, y que la fe de nuestros padres no podrá reconquistar su benéfica influencia, sin que Teresa de Jesús intervenga!

Al ver postrados ante el corazón de la Santa al sabio y celosísimo Obispo de Santa Teresa de Jesús, que así se llama el Sr. Obispo de Salamanca, al lado del Obispo de Eumenia, esforzado adalid de la fe e hijo de la Descalcez Carmelitana, que ya ha sufrido persecución por la justicia, y dado pruebas en las apartadas regiones de la California de que es digno descendiente de los celosos Elías y Teresas, ¿quién no veía abrirse horizontes que sonreían tiempos mejores para la Religión y la Patria, al ver con sus capas blancas y sus hábitos a los hijos del Carmelo, al lado de los sabios hijos de Domingo de Guzmán? Y sobre todo, ¿cuánto no subían de punto estos afectos de confianza y de amor al ver reunidos a los cuatro ilustres Prelados y cerca de doscientos sacerdotes cabe el corazón transverberado y espinado de Teresa de Jesús, tratando seriamente de promover la mayor gloria de la Heroína española bajo todos conceptos, repitiéndose igual espectáculo en el célebre Seminario de Salamanca?

Teresa de Jesús, tan amiga de sabios sacerdotes y buenos letrados, porque, como ella decía con gracia: "Buen letrado nunca me engañó", había de recibir nuevo e in0menso gozo en el cielo al ver congregados en su nombre tan sabios y virtuosos letrados en la ciudad donde ella recibió tantas lecciones de vida eterna de los Báñez, Ibáñez, Ripaldas y cien otros.

Por de pronto, tres bienes especiales esperamos fundadamente que nacerán de esta peregrinación:

1º. El Apostolado Teresiano en mayor escala que hasta aquí, pues los peregrinos han ido a visitar la Cuna y Sepulcro de Santa Teresa de Jesús para volver apóstoles teresianos, y este fruto empieza ya a tocarse en algunos lugares donde van aumentándose las teresianas, los suscriptores a la *Revista*, y hasta colegios se tratan de fundar con la advocación de Santa Teresa de Jesús. Este Apostolado está encargado a la Hermandad Universal Teresiana.

2º. La unión de muchos corazones generosos, que entrarán sin duda en el Apostolado o Hermandad universal de sacerdotes teresianos, obligándose a trabajar cada uno según sus fuerzas y las circunstancias se lo permitan por extender el conocimiento y amor de Teresa de Jesús, despertando la afición a leer los escritos de su seráfica doctrina, propagando sus escritos, su Archicofradía de jóvenes católicas, y todas las obras que bajo la protección y nombre de Teresa de Jesús traten de mirar por la honra de Jesús de Teresa.

3º. La restauración de las Órdenes monásticas en nuestra España. Al ver a los hijos de Domingo de Guzmán y de la gran Teresa de Jesús, vestidos con sus hábitos, asistiendo a la magnífica e indescriptible procesión de entrada de más de 4.000 peregrinos pasando con sus estandartes, que flotaban a los cuatro vientos, por el puente que conduce al pueblo y luego a la iglesia de las Carmelitas Descalzas, donde descansa el cuerpo y corazón de Santa Teresa de Jesús, una anciana del pueblo alborozada exclamó: "¡Bendito sea Dios! Hoy, este mismo día, hace 41 años que tuvieron que abandonar este pueblo los frailes, perseguidos por la revolución, y hoy vuelven llevados por Santa Teresa de Jesús. Ojalá Teresa de Jesús, encargada de mirar por la honra de su Jesús, no sólo los lleve, sino los prospere y nos conserve siempre a toda la familia del clero regular en su España, pues bien recuerda la Santa lo que le dijo Jesucristo: "¿Qué sería del mundo si no fuera por los religiosos?"

Otras muchas gracias más íntimas que se han de revelar un día al mundo, ha alcanzado a sus amantes y queridos peregrinos la Santa de nuestro corazón; pero hoy no pueden manifestarse, y sólo podemos repetir el dicho del Profeta: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi*. "Mi secreto para mí, mi secreto para mí". Básteles a nuestros lectores para animarse a emprender esta devota peregrinación o visita a la Cuna y Sepulcro de Santa Teresa, el saber que Santa Teresa de Jesús es de condición agradecidísima; que en vida, por un vaso de agua fría, por una sardina que le diesen, se veía obligada a orar continuamente por sus bienhechores. ¿Cuánto más generosa se mostrará ahora que, gloriosa en el cielo y mejorada su condición, puede hacer a favor de sus devotos cuanto le place? Y de ser así bien lo ha demostrado la Santa esta vez para siempre. Pruébelo quien no lo creyere, y verá por experiencia cuán gran bien es visitar en peregrinación devota la Cuna y Sepulcro de Santa Teresa de Jesús.

E. de O.

CRÓNICA DE LA PEREGRINACIÓN TERESIANA

¡Como si lo estuviese viendo! Al llegar este número a las manos de mis queridos lectores, estoy seguro de que no habrá uno que no se diga para su capote, si está solo: Vamos a ver qué nos trae la *Revista* de la peregrinación Teresiana.

Sí, de la peregrinación Teresiana voy a hablaros, ya que con tanta avidez y ansiedad me preguntáis de ella. Pero creedme si os digo, mis queridos lectores, que, yo no sé por qué, pero es el caso que vacilo y tiemblo al empezar el cuento y relación de tantísimas cosas bellas y delicadas que han pasado por delante de mis ojos y me han acariciado sobre todo el corazón.

Acaso habrán llegado a vuestras manos y habréis leído las correspondencias relativas a la peregrinación que han publicado los periódicos. Bien escritas van algunas, y dicen algo de lo que ha pasado otras. Pero... permitidme os diga que sois vosotros muy ambiciosos, lectores queridos. Todo aquello no os satisface ni contenta. Todavía acudís a la *Revista teresiana*, deseosos de conocer la peregrinación, no a grandes rasgos, no por de fuera, como si dijéramos, sino por dentro, en sus secretas y no sabidas interioridades.

Yo, que ya me temía, atendida mi irresistible comezón de contar, que había de ser el encargado de hacer la crónica de la peregrinación teresiana, he tomado abundancia de apuntes y de notas, a fin de satisfacer por sí acaso la ansiedad de mis queridos y teresianos lectores.

Pero, eso sí, no me obliguen Vdes. a levantar el tono. Hablaré como se habla entre amigos, esto es, en estilo casero y llano; a no ser que, sin yo quererlo, me salga de mis casillas al llegar a ciertos puntos en que el corazón manda. Pero entonces no hay sino estirarme del brazo para bajarme luego al camino trillado.

Mas dejémonos de preámbulos, y contemos la salida de los peregrinos de esta ciudad de Tortosa, tomando las cosas desde su verdadero principio.

El día 20 de agosto díjose una Misa para los peregrinos en el altar de la Archicofradía, en la iglesia de San Antonio, distribuyéndose a aquéllos la sagrada Comunión. Visitamos luego la veneranda reliquia de la Santa Cinta, que adoramos todos, después de rezar la Letanía Lauretana, ía Lauretana, el Itinerario de los peregrinos y la Salve. De esta suerte nos despedimos de la Virgen María, Patrona de Tortosa y de su Diócesis, poniéndonos bajo su especial protección.

Unidos a los peregrinos de Barcelona, Gracia, Mataró y Tarragona, salimos en el tren del medio día, y era de ver cómo ya al pasar por el soberbio puente de hierro que cuelga sobre el caudaloso Ebro, todos los peregrinos (íbamos en coches reservados) entonamos el cántico de la peregrinación teresiana, cuyo sorprendente efecto hasta entonces no habíamos experimentado. Púsose en el testero del vagón, para que pudiera ser vista de todos, una magnífica fotografía de la Heroína española, y aplaudieron todos el pensamiento, aclamando a aquélla con ardoroso entusiasmo por guía de los peregrinos. A Ella dirigiánse todas las miradas, a Ella confiaba el corazón sus temores y esperanzas, y, finalmente, bajo su eficaz protección descansábamos tranquilamente todos los peregrinos.

Al llegar a la estación de Santa Bárbara ya nos vimos saludados por un inmenso gentío, figurando en primer término las teresianas, que nos quisieron obsequiar con frutas y refrescos. Con sus cabtos, vivas, lágrimas y encomiendas, harto vinieron a demostrar la devoción entusiasta que profesan a la gran Teresa y a todas sus cosas. Éramos los peregrinos de Teresa, y como tales nos empezaban ya a tratar.

Aún parecían resonar en nuestros oídos los cánticos que oímos en Santa Bárbara, y ya en Ulldecona se ofrecía otro espectáculo igual en todo al que acabábamos de contemplar. La Junta de las teresianas de esta población, con una delicadeza y finura dignas de todo elogio, ofreció a todos los peregrinos un refresco, que fue aceptado con verdaderas muestras de agradecimiento. Pero, ¡qué lástima, decían aquellas jóvenes teresianas, qué kástima que el tren se detenga tan pocos momentos!

En la estación de Vinaroz se repitió una escena parecida a las anteriores. Un sinnúmero de teresianas acudieron allí a saludar a sus venturosas hermanitas, a quienes no acababan de hacerles mil tiernas y cariñosas encomiendas para su Madre y Patrona, Santa Teresa de Jesús. Aquí se agregó a la peregrinación el presidente de ella, nombrado de oficio por nuestro Ilmo. Prelado, D. Jacinto Peñarroya, Canónigo Penitenciario y Director general de la Archicofradía en España. Su falta de salud le había obligado a anticiparse a los peregrinos unos días, durante los cuales hubo de tomar los baños de mar en dicho pueblo. -. En Benicarló vino una, que casi merece el dictado de poetisa, a recitar unos sentidos versos en obsequio de

los peregrinos teresianos. Alcalá de Chisvert, Torreblanca, Villarreal, Burriana, Nules..., todas las poblaciones donde se detiene el tren rivalizaron en obsequiar a la peregrinación, mostrando con su piadoso entusiasmo la alta estima que les merecen las cosas de Teresa.

Pero en Valencia, en la bella y piadosa Valencia pudieron los peregrinos gozar de un espectáculo que jamás sabrán olvidar. Una multitud de corazones, ricos de sentimientos de caridad y delicadeza, parece que se disputaban el ser los primeros en verter de su seno los tesoros de santo afecto que sólo Dios inspira. Los presidentes y Junta de la Archicofradía prepararon en sus casas el más exquisito hospedaje a todas las teresianas que venían en la peregrinación, siendo los sacerdotes hospedados asimismo en el Seminario sacerdotal.

A la mañana siguiente, día 21, el señor Director de la peregrinación dijo Misa en la Virgen de los Desamparados, que, oyeron todos los peregrinos, no sin recibir la sagrada Comunión. Gran multitud de fieles valencianos se unieron a esta sencilla solemnidad de los peregrinos, cuyos cánticos e himnos a la gran Teresa y a María Inmaculada, al resonar bajo aquellas bóvedas sagradas, testigos de la piedad incomparable de aquel pueblo eminentemente religioso, despertaron sentimientos del más vivo entusiasmo en el corazón de los hijos de Valencia.

En el tren de la tarde salió la peregrinación de esta encantadora ciudad, entonando como de costumbre el *Cántico de los peregrinos*. ¡Qué bien se sentía uno al atravesar cantando aquellos hermosos campos de verde esmeralda, símbolo de las rientes esperanzas que inundaban de júbilo los corazones de los peregrinos! Por aquellos ambientes, ricos de suavidad y fragancia, nosotros íbamos dejando, al pasar como en torbellino, ecos de armonía que se iban reproduciendo sin fin, como las notas de una música deleitosa que a lo lejos parecen desvanecerse, pero que se prolongan temblando en el aire con indefinible dulzura hasta desconocidos lugares.

En Venta la Encina se reforzó la peregrinación con la comisión de Alicante, presidida por su digna Hermana mayor, D^a Octavia Vión, y el celoso teresiano señor Canónigo Doctoral, D. José María Sanduz. ¡Qué saludos tan fraternales los que se dirigían los peregrinos al reunirse! ¡Qué santa franqueza, qué dulce espontaneidad entre corazones, juntos hace ya tiempo, y enlazados, casi diría, por las manos de la angelical Teresa! La oración en común, tan bella siempre y que tan profundamente ata y une las almas que oran bajo el mismo techo en el acatamiento de Dios, la oración constituía también uno de los mejores y no menos apetecidos ejercicios de los peregrinos. Rezábase el santo Rosario, se hacía el *Via Crucis* y se rezaban otras oraciones por la Santa Iglesia y por el Sumo Pontífice; y era cosa para mí en extremo grata contemplar cómo el agradable rumor de las plegarias y oraciones era acompañado, me parecía hasta con respeto, por el estrépito de los coches del tren, no acostumbrados por desgracia a presenciar tales prácticas y ejercicios. Entre éstos bueno es decir que se hacía también en común el cuarto de hora de oración que prescribe el Reglamento de la Archicofradía. Leía un sacerdote, de pie en medio del coche y en voz alta, los puntos de meditación, guardando todos los demás el más profundo e interrumpido silencio.

Luego a nadie se oía. Sólo el impetuoso y monótono rodar del tren se percibía, comunicando cierta solemnidad a aquel acto, y dando a conocer mejor la imperturbable profundidad de aquel silencio. ¡Qué hermoso y conmovedor espectáculo, cuando de él se pasaba a la viva y entusiasta expansión de los himnos religiosos!

Almas que saben callar tan profundamente, ¿será posible que sean capaces de expansión con tanta viveza?, me preguntaba. La fe y su hija la piedad te darán la clave de éstos como de otros misterios, -respondía la voz de la conciencia-. Nunca me olvidaré de aquella cristiana salutación dirigida al nuevo día, que desde el tren veíamos clarear en un horizonte no visto hasta entonces por casi la totalidad de los peregrinos. Repitiendo las palabras de un sacerdote se hizo a Dios el ofrecimiento de todas las obras del día, cantándose luego a dos coros el *Santo Dios*, con aquella tonada sencilla, pero grave y majestuosa, que a mí me causaba una impresión nueva al contrastar tan notablemente con la con la vertiginosa rapidez del tren. ¡Ay, cuánto más bellos y estimables serían los adelantos del siglo, siendo humildes pero nobles servidores de la fe y la piedad, hijas de Dios, que no esclavos de las bajas y ruines pasiones de los hombres!

Allá sobre las seis de la tarde del día 22, llegamos a Madrid, en donde encontramos todos preparado decente hospedaje, pues una comisión se había anticipado con este objeto, siendo ayudada de dos caballeros de la coronada villa. Aquella misma tarde llegaron también los peregrinos de Zaragoza, presididos por el Rvdo. Sr. Parral. Figuraba entre las jóvenes teresianas la secretaria de la Junta de aquella ciudad, D^a Pilar Labastida, con otras distinguidas señoritas. ¡Cuánto de bueno pudiéramos decir de los peregrinos aragoneses, no menos que de

los catalanes y valencianos, siquiera fuese para edificación de aquellos de mis queridos lectores que no han hecho la peregrinación! Pero acaso se ofrecerá en esta crónica ocasión más oportuna, y en que sería cosa imperdonable el callar todo lo bueno a que me refiero.

Dejemos a Madrid, toda vez que los peregrinos no se detienen en él más que para descansar una noche, pues otra población les atrae por entonces, y a ella se dirigen el día 23 en el tren de la mañana. - ¡Ávila! ¡Pronto veremos Ávila!, - dicen los peregrinos, y parece que el corazón se va alegrando por grados, y la imaginación se enardece, y la luz es más viva, y los horizontes más anchos... Nuevo entusiasmo cunde por los coches de peregrinos, todo el mundo siente deseos de cantar, y de todas las portezuelas se escapa un mismo ardoroso cántico, que sin duda habrán aprendido ya a modular los vientos de Castilla. Ruegan a Teresa que oiga las plegarias

De hispanos peregrinos que vuelan a millares

Su cuna y su sepulcro devotos a adorar;

y pensando ya en la cuna gloriosa de la inmortal Teresa, sienten los viajeros teresianos que toda la velocidad del ferrocarril es muy poca cosa para la ansiedad de sus corazones. Pero los peregrinos saben contenerse, y el santo Rosario, *el cuarto de hora* de oración acerca de las virtudes de la Santa, y otras preces, vienen a nutrir en silencio el alma de los devotos de la Santa Doctora, cuyas máximas y documentos tienen un no sé qué de celestial y divino. Y aquí me vienen tentaciones de contar a mis lectores lo que pude observar, creo era allá en la estación de Las Navas sobre todo, donde nos detuvimos algunos minutos. ¿Os acordáis, mis queridos peregrinos, a qué alegres escenas de cordialidad, a qué espontáneas muestras de benevolencia y afecto, a qué cambio de delicados obsequios, y finalmente a qué fusión de sentimientos entre todos los peregrinos no dio motivo la compra de aquellos botijos de barro llenos de leche, que con tanto empeño nos ofrecían aquellas muchachas? He aquí, me decía yo, una reunión de verdaderos hermanos, cuyos corazones se calientan reunidos en el misterioso hogar donde arde sin consumirse la caridad de Cristo. No vayáis a buscar estas escenas en otra parte, porque no las encontraréis.

“¡Miradla! ¡Miradla! ¡Yo ya la veo!” Éstas eran las exclamaciones que de pronto oímos lanzar a algunos peregrinos que, asomando la cabeza por las portezuelas de los coches, miraban en dirección a Ávila. En efecto, estábamos ya cerca de la cuna de nuestra Amada. ¡Cómo empezó a latirnos el pecho presa de gozo inexplicable! —“¡Allá está la estación! ¡Mirad qué gentío!””, decíamos acercándonos a toda prisa. Pero, digo mal. Nadie hablaba una palabra sola. ¡Quién puede hablar cuando tanto sienten los corazones! Llegamos por fin a la estación, siendo saludados por innumerable gentío. Allí en la estación vimos luego al Ilmo Sr. Obispo de la Diócesis y a otro Sr. Obispo de Eumenia (Baja California), con otros señores eclesiásticos y seglares, que nos acogieron con la mayor atención y cordialidad. Así que todos los peregrinos acabaron de bajar de los coches, se organizó la procesión, en que iban delante todos los estandartes de las corporaciones religiosas de Ávila, siguiendo luego en ordenadas filas los peregrinos, precedidos del pendón que trajeron consigo las teresianas de Tortosa, y que por primera vez acababa de desplegarse en la patria de Teresa por una peregrina de aquella ciudad. Cerraban la procesión los dos señores Obispos, a quienes acompañaban los otros señores que nos recibieron en la estación. ¡Qué hermoso nos parecía ya aquello! La imagen de Teresa me parecía resplandecer como nunca, al aparecer en el lindísimo pendón, bañado por el sol de su patria. A ella se dirigían nuestros ojos, ya que parecía introducirnos en su ciudad querida, entrando en ella con la alegría y franqueza de hijos que se dirigen a la casa de su madre. Entre tanto los peregrinos entonábamos nuestro *Cántico*, que tanto parecía agradar a los avileses. No lejos de la estación hay una iglesia donde los paisanos de Teresa veneran a la Virgen de la Portería. Hacia allí se dirigió la procesión, cantándose una Salve ante aquella devotísima imagen a voces y armonium. De esta iglesia salimos en dirección a la iglesia llamada *la Santa*, pero acompañados ya de seis Padres Carmelitas Descalzos y unos doce religiosos Dominicos que cantaban a voces, estos últimos, el santo Rosario. Mucho duró la procesión, ciertamente, para los cansados y polvorientos peregrinos, pero mejor que otra cosa eran los deseos vivísimos de llegar a *la Santa* los que hacíanles parecer a los peregrinos largos, demasiado largos los instantes que tardaban en conseguir tal dicha. Además, ¿quién sabe acordarse del cuerpo cuando el corazón rebosa de contento? Pero, ¡oh!, el contento y la dicha de los corazones llegó a su colmo cuando nos hallamos todos reunidos en el magnífico templo que fue casa de Teresa. ¡Ya estamos aquí!, se decía uno a sí mismo; ¡ya estamos aquí!... Pero tengo a la vista el *Diario de una peregrina*, del cual voy a transcribir una página en que ella cuenta las emociones que experimentó su corazón al llegar a *la Santa*. Así yo me excusaré trabajo y mis queridos lectores van a ganar no poco con ello.

“¡Dios mío, cuán bueno sois! He aquí que sin merecerlo ya voy consiguiendo aquello que más deseaba mi corazón hace mucho tiempo.

“¿No sabes dónde estás, alma mía? Mírala, mírala bien, ésta es la casa de tu amada, ¡la amada mía de mi corazón!, decía hace poco.

“Yo no sé qué es lo que ha pasado dentro de mí al entrar en la casa de mi Madre. He sentido cosas del todo nuevas que la lengua no puede traducir.

“Un momento, un solo momento de aquéllos pagan demasiado bien todas las molestias del viaje, aun de los que están acostumbrados a viajar.

“Los señores Obispos y todos los sacerdotes han entonado al llegar el *Te Deum*, y yo me he unido también a aquellas voces de júbilo, porque no sabía contener la alegría de mi corazón que se ha desbordado cantando.

“A mi izquierda había una imagen hermosísima de la Santa, iluminada con muchísimas luces. Yo se lo he dicho todo a ella, quien, yo no sé si me engaño, pero me parecía escucharme con agrado y complacencia.

“Cerquita en un altar había una porción de hermosos relicarios de Santa Teresa. Un *báculo* suyo, unos *rosarios*, la *suela* de una alpargata suya he visto allí, enviando mil besos amorosos a todos estos objetos que pertenecieron a la Amada de mi corazón.

“En el altar mayor, que estaba muy iluminado y resplandeciente, he visto a mi Madre en el acto de aparecérsese San José y la Virgen María, poniéndole un collar de oro.

“Todo lo estaba yo contemplando con indecible embeleso cuando, concluido el *Te Deum*, he visto que el señor Obispo de Ávila se ha acercado a la grada del presbiterio y desde allí ha dirigido su palabra a todos los peregrinos.

“Yo no sabré decir ni encarecer las santas y bellas cosas que ha dicho. Pero he llorado mucho, eso sí, sobre todo cuando entusiasmado nos preguntaba, diciendo: -¿A qué venís aquí, devotos peregrinos, desde Cataluña, Aragón y Valencia?

“- A ver a la Amada de mi corazón, decía yo; a ver su casa, a recoger su aliento, a escuchar sus palabras, a conocerla mejor, a amarla más y más.

“Pero no era necesario que yo lo dijese, porque él lo decía luego con un fuego y una unción que no parecían sino de apóstol.

“El Señor lo llene de bendiciones, y Santa Teresa de Jesús, mi Madre, lo tome por su cuenta.

“Después del sermón, que ha durado una hora, el otro señor Obispo, que dicen es de América, nos ha dado solemnemente la bendición.

“¡Bendíceme, Dios mío!, y tú, Madre mía querida, dame tu amorosa bendición, aquí en tu casa, - decía yo al humillar mi cabeza y recibir la bendición del señor Obispo.

“Y antes de salir de la iglesia me he entrado en el retrete de los amores de Teresa. Así le llamo y así me ha parecido aquella capilla devotísima, que era la alcoba donde nació mi Paloma. Allí la he abrazado con toda la ternura de que soy capaz, figurándome la niña monísima, encanto de los serafines y dulzura de los corazones”.

Después de la elocuentísima improvisación del señor Obispo, a que se refiere la piadosa peregrina en la página de su diario que acabo de transcribir, una comisión colocada en el atrio de la iglesia, ha ido hospedando a los peregrinos de ambos sexos. Los sacerdotes han sido obsequiosamente hospedados, parte en el mismo convento de Padres Carmelitas, inmediato a *la Santa*, y parte en el magnífico convento de Santo Tomás que habitan los Dominicos. Los seglares, señoras y teresianas, lo han sido en casas particulares, y parte de las últimas en el convento de las Adoratrices, hallando en todos los hospedajes la más cariñosa acogida e inolvidables muestras de la más delicada consideración y santo aprecio.

Por la tarde hemos ido en grupos a visitar los sitios e imágenes que Santa Teresa solía frecuentar en la Catedral, y luego nos hemos reunido todos en el convento de Santo Tomás, que conserva también recuerdos preciadísimos de la Virgen avileña. Todos los peregrinos nos hemos acercado a un altar lateral, donde se venera un devotísimo Santo Cristo, que muchos aseguran es el mismo ante quien la Santa oraba y de quien recibió soberanos favores. Pero es completamente cierto que en aquel mismo altar donde la Santa se confesaba con el Padre Ibáñez y Báñez (aún se conserva el sitio donde estaba el confesonario), allí mismo tuvo aquella celestial y regalada visión en que se le apareció el Patriarca señor San José con su castísima esposa la Virgen María, vistiéndole una ropa de grandísima blancura y poniendo en su cuello un collar de oro. Todos postrados en aquel sacratísimo altar, donde también se sentían nuestras almas, hemos rezado por la Santa Iglesia, por el Sumo Pontífice y por el feliz éxito de la peregrinación, concluyendo por cantar algunos cánticos teresianos. También los Padres Dominicos nos han obsequiado cantando al órgano algunos himnos en honor de Teresa.

A la mañana siguiente, día 23, se celebró en *La Santa* la Misa de comunión general, dijo el Sr. Obispo de Ávila, dirigiendo la palabra a los comulgantes primero el Prelado, en una plática llena de unción y suavidad, y después del acto de la Comunión el Dr. D. Manuel García Méndez Nava, que hizo un discurso tan piadoso como rico de doctrina.

Y fuerza es decir también a mis lectores, pues así lo requiere el orden de esta relación, cómo acto continuo todos los peregrinos fueron obsequiados por los Excmos. Sres. Condes de Superunda en su casa palacio con un espléndido desayuno, que, presidido por un retrato de la Santa, fue servido con el mayor esmero y animado por las frases amabilísimas que los Condes dirigían a los peregrinos, y por la alegría que bañaba su semblante. No olvidarán los peregrinos, ciertamente, tan gallarda muestra de nobleza y de piedad que tan bien sienta a los que siendo, como los Condes lo son, descendientes de la muy ilustre familia de la ínclita Teresa, viene a atestiguar que vive en su sangre y alienta en su alma el espíritu generoso que hizo grandes a los Ahumadas y Cepedas.

A las diez de la mañana el Excmo Cabildo Catedral se trasladó, según costumbre al templo de las Madres Carmelitas, donde estaba esperando revestido de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Eumenia. No tardó mucho en llegar asimismo el Sr. Obispo de Ávila, y en seguida se empezó la solemnidad con la asistencia, además de los peregrinos, de una inmensa y apiñada muchedumbre de fieles. ¿Cómo poder hablar ahora del sermón que predico el Excmo. Sr. Obispo de la Cuna de Santa Teresa? Se acobarda, ciertamente, mi pluma solamente al recordar aquella profundidad de conceptos exornados con la más alta y poderosa elocuencia con que el orador embargaba el ánimo de los oyentes y los arrebatava en magnífico vuelo a superiores alturas. Sólo me permitiré decir que la grandeza de los recuerdos que evocaba la memorable fecha de aquel día, la grandeza de circunstancias tan solemnes, la grandeza de aquel acto, no podían tener un intérprete más digno y acomodado que el que tuvieron en el Prelado avilés.

Acabada que fue la solemnidad, los peregrinos estuvimos viendo y adorando las reliquias de la Santa Madre que conservan aquellas religiosas, pasando en seguida todos al locutorio a saludar y felicitar en tal día (aniversario de aquella fundación) a las santas y joviales hijas de Teresa. Allí estaban ya los dos señores Obispos con algunos señores Capitulares departiendo con las Religiosas, cuando empezamos a entrar nosotros. Yo, que ya tenía la dicha de conocerlas, hallé que eran las mismas: ¡siempre las hijas de su Santa Madre Teresa! Al pasar de una en una para saludarlas, las pobrecitas Teresianas no acertaban a desprenderse de aquellas rejas, y con sus frases y encarecimientos y encomiendas, que mejor que de sus labios brotaban de sus corazones palpitantes de gozo, harto daban a entender el placer que les causaba la vista y trato de las religiosas. ¿No es verdad, animosas Teresianas, que todo esto es muy pálido y descolorido, o por mejor decir, es nada para expresar lo que allí sentisteis, al hallaros en medio de aquellos teresianos y santos Prelados, hablando con aquellas almas tan perfectas como joviales, oyendo los melodiosos cánticos con que quisieron ellas obsequiaros en pago de los que vosotras les cantasteis, y, finalmente, sintiendo (vosotras lo sabéis) aquella como invisible aura de felicidad que envuelve a aquellas almas de adentro y se escapa por aquellas rejas? Por Dios, no pidáis a mi pluma que exprese esto, que solamente pudiera expresarlo si por entre estas líneas me fuera dado hacer asomar aquellas dulcísimas lágrimas que asomaron en vuestros ojos.

A las cuatro de la tarde nos reuníamos los peregrinos en la parroquial de San Juan, en donde la Santa fue bautizada y donde se conserva la misma pila donde su alma fue bañada en las aguas regeneradoras, así como un autógrafo de la misma que veneramos reverentemente. Luego procesionalmente nos dirigimos al Convento de la Encarnación, que se halla extramuros de la ciudad, y que los peregrinos no podían dejar de visitar. Como quiera que todo él no es otra cosa que un preciosísimo relicario de Teresa. A la bellísima capilla, que fue la celda donde fue transverberado su corazón seráfico, nos dirigimos inmediatamente, besando el suelo que pisábamos, que es santo en toda verdad, como dice la inscripción de una lápida. Las religiosas cantaron al armonium algún cántico en obsequio de su hermana y madre Teresa de Jesús, avivando en nuestros corazones con aquellas dulces y melodiosas voces los más regalados sentimientos de amor a Aquella que moría porque no moría. El núcleo de peregrinos cantó también entre otros himnos el *Cántico* de la peregrinación, y finalmente se cantó por dos o tres teresianas la *Melodía religiosa* que en aquella celda, empapada con la sangre del corazón de Teresa y testigo de los gemidos y suspiros de su alma enferma de amor, hacía un efecto maravilloso. El comulgatorio donde Teresa comulgaba, el coro donde rezaba, los tres o cuatro locutorios que ella santificó con su presencia, con sus pláticas santas, con sus éxtasis, todo lo

fueron visitando los peregrinos con la más profunda devoción e íntimo gozo de sus almas. En uno de estos locutorios tuvieron las peregrinas la feliz idea de hacer el cuarto de hora de oración. La letra de la meditación no era sino de la Santa, el sitio era también de la Santa, el objeto de la meditación era una virtud de la Santa, hasta aquel fresco y sosegado ambiente y un *no sé qué* de celestial que por allí se cernía debía de ser también de la Santa, según lo que deleitaba el espíritu y regalaba el corazón.

Después de empapar bien nuestras almas con la deliciosa fragancia que de aquellos lugares se exhalaba y de esparcirnos algún tanto por los alrededores del convento, desde donde se disfruta hermosa vista, nos dirigimos, procesionalmente también, a la ciudad por distinto camino de la ida. Aún me dura la profunda impresión que hizo en mi ánimo el conjunto de esta procesión. Parecía que hasta las voces habían adquirido nuevo vigor y soberano brío para cantar las glorias de Teresa. Acababa de templarse y fortalecerse el espíritu en aquella fragua de los amores de Teresa; ¿cómo no participar los sentidos de esta virtud interior? De esta suerte llegamos a la famosa basílica de los tres mártires, patronos de Ávila, San Vicente, Sabina y Cristeta, bajando en seguida a visitar la devotísima gruta subterránea donde se venera la Virgen de la *Soterraña*. Allí bajó también Teresa, cuando, saliendo *calzada* de la Encarnación, fuese a las plantas de aquella imagen de María a descalzarse, para dirigirse inmediatamente a la primera fundación de Descalzas, esto es, al convento de San José, o como allá le dice, *las Madres*. Sería en extremo prolijo contar ahora todo lo bueno que hay en esta basílica, reputada por uno de los mejores monumentos del arte arquitectónico; pero más difícil sería aún pintar con la palabra las santas emociones que allí experimentaron los corazones de los peregrinos. Otra vez se organizó la procesión, dirigiéndose por las calles de la ciudad, que resonaban (era el anochecer) con los cantos de los peregrinos, llegando ya algo tarde a la cuna de Teresa, esto es, a *la Santa*. Allí el incansable Obispo de la Diócesis quiso despedirse de los peregrinos. ¡Y qué despedida! Era su corazón de Obispo, pero de Obispo enamorado de Teresa, el que hablaba.

Las lágrimas arrasaron todos los ojos. Todos los corazones se fundieron en el mismo sentimiento de amor a Teresa, sobre todo cuando, dirigiendo sus ojos al hermoso pendón que sostenía una teresiana de Tortosa, y al ver reflejada allí la hermosura de la Virgen Avilesa, tuvo para Ella palabras tan excesivamente tiernas y tan llenas de unción y de suavísimo encanto, que en vano trataría yo de dar la más ligera idea de ellas. ¡Oh! Y entonces, cuando todo el mundo tenía fijos los ojos en la imagen del pendón, éste meciase suavemente, como complaciéndose en ser en aquellos momentos las delicias y el imán de todos los corazones. Al concluir dijo a los peregrinos que con su ilustrísimo hermano, el Obispo de Eumenia, iba a acompañarlos a Salamanca. Oír esto y exhalarse de todos los corazones un viva a Santa Teresa de Jesús fue una misma cosa. ¡Qué entusiasmo el de los peregrinos! ¡Qué alborozo el de todas las almas!

El Sr. Provisor advirtió, al concluir, que todos los peregrinos sin excepción se dirigiesen al palacio de su Excelencia el Sr. Obispo. Así lo hicimos todos, procesionalmente como antes, siendo obsequiados en el palacio episcopal con espléndido refresco y cena. Aquella misma noche salimos acompañados de los dos señores Obispos y religiosos Carmelitas, con el tren hacia Salamanca. Pero de esto hablaremos en el próximo número. No es caso de llenar el presente con sola la crónica de la peregrinación, cuando de tantas otras cosas buenas hay que hablar.

J. A. y A.

DESDE LA SOLEDAD

¡Bien para mis queridos hermanos, los devotos y teresianos peregrinos, que dejando las comodidades del hogar, y sin reparar en gastos y sacrificios, han sido los primeros en recorrer toda España haciendo oír los ecos del nombre suavísimo de Teresa, embalsamando los aires, santificando las vías férreas con las alabanzas y oraciones a Teresa de Jesús! Vosotros, amigos míos, vueltos a vuestros hogares, ¡cuán henchido de consuelo tendréis el corazón! Parece que todos os hallaréis en ocasión de exclamar al meditar en silencio el camino recorrido, las gracias alcanzadas, con una devotísima peregrinación: "Padre, necesito descanso, y más que descanso apartamiento del mundo y soledad, pues mi espíritu ya no puede sobrellevar el peso abrumador de las gracias extraordinarias que Jesús y su Teresa me

han dispensado en Tortosa, Valencia, Ávila, Salamanca, Zaragoza, y sobre todo en Alba de Tormes y Montserrat, es decir, en el término de la peregrinación teresiana y mariana". ¿No es verdad, amigos míos, que eso experimentáis? Pues dad gracias a Dios, dad gracias a Jesús y a su Teresa, vosotros mis queridos amigos, los intrépidos catalanes, que con una constancia a toda prueba, con una tenacidad calificada por algunos, que no comprenden de qué es capaz un corazón que ama a la gran Teresa, de obstinación y atrevimiento, dad gracias, repito, por haber sido los iniciadores y los que habéis llevado a cabo con toda felicidad una empresa difícil, al parecer de muchos imposible, y temeraria en extremo grado. ¡Bien por los atrevidos catalanes; bien por los amantes teresianos de Cataluña, que con un entusiasmo sin igual por las cosas de Teresa habéis ido a estimular, a despertar el celo de otras regiones que, poseyendo tesoros teresianos que no tenéis vosotros, los estimáis tal vez más que los que tienen tanta dicha y no conocen el don de Dios!

¡Bien por vosotras, animosas teresianas de Cataluña, Aragón y Valencia, que despreciando las burlas del mundo habéis cantado vuestra fe y vuestro amor a Teresa a la faz de toda España, alentando con vuestro valor y noble ejemplo a otros corazones tibios y retraídos!

¡Bien por vosotros, venerables sacerdotes y religiosos, hermanos míos queridísimos, que habéis ido a beber inspiración, fe viva, sabiduría celestial, magnanimidad, amor y celo por los intereses de Jesús en las fuentes de vida eterna que manan del corazón transverberado y espinado del Serafín del Carmelo!

¡Bien, en fin, por los sabios e ilustres Prelados que han dado pruebas de saber apreciar en lo que vale la mejor de nuestras joyas, Teresa de Jesús! ¿Con qué gozo Teresa de Jesús habrá visto desde el cielo postrados ante su corazón y su sepulcro a tan celosos y teresianos Prelados, ella que en vida vio ya postrados a sus pies pidiéndole la bendición a varios señores Obispos?

Sólo falta para ser vuestro gozo completo que los propósitos que formamos ante el corazón magnánimo de Teresa de Jesús sean una verdad. Una palabra lo resume todo. Esforcémonos todos por cumplir el dicho del Director de la *Revista* y promovedor de la peregrinación teresiana: "Vamos peregrinos teresianos, y debemos volver apóstoles teresianos". Y si al Apostolado teresiano unís cada día el cuarto de hora de oración en soledad, os ofrece con toda seguridad el cielo de parte de su querida Madre Teresa de Jesús,

El Solitario

HERMANDAD TERESIANA UNIVERSAL

Uno de los más hermosos y preciosos frutos que ha producido sin duda alguna la primera peregrinación teresiana es la formación de la Hermandad Teresiana Universal, que brotó cabe el corazón transverberado y espinado de la Santa de nuestro corazón. Reunidos el día 27 todos los sacerdotes peregrinos, en número de más de 150, con los cuatro señores Obispos y multitud de hijos de la gran Teresa y de Domingo de Guzmán, en la espaciosa sacristía del convento de Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes, el excelentísimo señor Obispo de Oviedo tomó la palabra para explicar el objeto de aquella nunca vista reunión, que pudiéramos llamar el primer sínodo teresiano del mundo. El objeto no es otro, nos decía con su acento de elocuencia admirable tan sabio y teresiano Prelado, que excogitar medios para honrar como se merece a la gran mujer, la gran escritora y la gran Santa, Teresa de Jesús, honra singular de nuestra patria, envidia de extraños, admiración de todo el orbe. Un medio debemos proponer universal que los abarque todos para honrar a Teresa, y después otro particular, que sean practicados por algunos.

Las cosas que a Teresa de Jesús dicen relación deben considerarse bajo tres ASPECTOS: su invocación o culto, su doctrina, su santidad y virtudes, o sea su imitación. Convinieron todos, después de haber hecho uso de la palabra el excelentísimo señor Obispo de Ávila, de Eumenia y de Salamanca, que en esta ciudad dos días después, a las once de la mañana, habría nueva reunión en el seminario para desarrollar más estos puntos. Y efectivamente el día 29 a las once de la mañana renovábase el mismo grandioso espectáculo que en Alba de Tormes. En esta reunión nombrose ya una comisión para que redactara los estatutos de la Hermandad, encargándose cada comisión respectiva de algún punto o fin determinado. Ávila se encargó de promover de un modo especial todo lo que dice relación al culto e invocación de

Sana Teresa, su doctorado, su patronato, sus fiestas. Salamanca tomó a su cuenta el promover todo lo que dice relación a la doctrina de la Santa, el estudio, impresión de sus escritos, certámenes literarios, etc., revisión de las obras que traten de la seráfica Doctora, etc, etc.

Tortosa, como centro del nuevo movimiento teresiano que se observa de un lustro a esta parte, recibió la gratísima encomienda de promover la imitación de la Santa, haciéndola conocer y amar por todos los corazones. Esta obra de celo, decía el Obispo de Santa Teresa de Jesús, Excmo. Sr. Martínez Izquierdo, pertenece a Tortosa, que ha despertado y estimulado a tantos corazones al amor y seguimiento de Santa Teresa de Jesús. Y Tortosa acepta con gusto este encargo y confía, con la ayuda del cielo, cumplirlo con todas sus fuerzas.

Formáronse luego los estatutos generales por la comisión nombrada al efecto, estatutos que confiamos podrá luego dar a conocer la *Revista Teresiana*, a fin de reunir a todos los españoles y a todos los católicos del mundo bajo la enseñanza gloriosa y regeneradora de Teresa de Jesús.

Para pertenecer a la Hermandad Teresiana Universal basta rezar todos los días un *Padre nuestro* a la Santa, la jaculatoria: *Santa Teresa de Jesús, rogad por nosotros, por la Iglesia y por el Sumo Pontífice*, inscribiéndose en el registro común, y llevando si es posible la medalla de la Santa.

Creemos que todos los españoles y todos los fieles se apresurarán a formar parte de tan sencilla y piadosa Asociación, dando con ella gloria a Dios, honra a Teresa de Jesús, y una prueba de su fe y aprecio por las mejores glorias patrias.

E. de O.

INAUGURACIÓN SOLEMNE DEL NUEVO PALOMARCITO DE LA VIRGEN EN JESÚS DE TORTOSA

Gloria a Jesús y a su Teresa, que podemos encabezar este artículo con las palabras que anteceden. A primeros de del mes próximo de octubre, probablemente el cuatro, día en que murió Santa Teresa de Jesús, o el siete, fiesta del Santísimo Rosario, cuatro monjas Carmelitas descalzas del convento de Santa Teresa de Jesús de Zaragoza, vulgo Fecetas, tomarán posesión del nuevo palomarcito que la fe y la piedad de los amantes y devotos de Santa Teresa de Jesús han erigido en su obsequio y del señor San José en estos tiempos malaventurados que tantas casas de oración vienen al suelo.

Con este motivo prepárase solemne fiesta. Acompañará a las hijas de la gran Teresa el ilustrísimo señor Obispo de Eumenia, baja California, que predicará en tan solemne acto, y no sería extraño que algún otro Prelado, además de nuestro teresiano Obispo, tomase parte en tan grata inauguración.

Desde las columnas de la *Revista* invitamos a todos los bienhechores y cooperadores de tan santa obra y a todas las Juntas de Teresianas, a fin de que, al menos algunos de cada pueblo, tomen parte en tan extraordinaria fiesta. No todos pudieron concurrir a la peregrinación, pero muchos pueden acompañarnos en esta fiesta teresiana, tan agradable a Jesús y a su Teresa. Esperamos poder anunciar definitivamente el día de la entrada, remitiendo programas de la función a nuestros queridos Directores de las Juntas locales de los pueblos. ¡Viva Santa Teresa de Jesús! Acabamos una fiesta continuada por quince días en su obsequio, y he ahí que la Santa nos prepara otra más íntima, pues será de familia, al mes de haberse concluido aquella. ¿Quién no exclamará a vista de tantas gracias: Verdaderamente es gran Santa, gran Bullidora, gran Negociadora Teresa de Jesús? Pues esperen nuestros lectores, y verán quizás mayores cosas, pues no da trazas de contentarse con lo hecho tan gigante corazón. Entre tanto no dejen de favorecernos con su óbolo y sus oraciones los amantes de la Santa del siglo XIX, y sus obras a cual más grandes se multiplicarán cada día como por encanto, y regenerarán la patria y aun el mundo.

E. de O.

CORRESPONDENCIA

Recordarán nuestras lectoras el ejemplo admirable que dieron las teresianas de Calaceite, ejemplo que secundaron las de Tortosa, Santa Bárbara y otros puntos, enviando a Filipinas dos grandes cajas con muchos dijes y chucherías para que sirviesen como de premio o estímulo a los pobres indios que aún no conocen a Jesucristo. El P. Heas contesta a este acto de generosidad con la adjunta hermosa carta, que debe servirles de nuevo estímulo y satisfacción.

Manila, 12 de junio de 1877

A las Teresianas de Calaceite

Muy apreciadas en Cristo hijas de Santa Teresa: He leído con mucho gusto su muy apreciada carta de 12 de abril, en la que me dicen que por indicación del bien Padre Marcelino Casasús (e.p.d.), se han desprendido generosamente de una porción de cosas que envían para los fieles e infieles de la isla de Mindanao, donde trabajan muchos Padres Jesuitas para la conversión de tantos moros e infieles como viven en ella. Llegaron ya los dos cajones de prendas, y he quedado admirado al abrirlos viendo tantas cosas tan a propósito para la reducción de aquellos pobres indios. No sé cómo darles las gracias por tanta bondad. Dios Nuestro Señor es quien recompensará debidamente tan generoso desprendimiento a favor de unos pobrecitos indios que Vds. No conocen.

Como he estado varias veces en Mindanao para visitar a los misioneros y he tratado mucho con los infieles de aquella isla, puedo decir que los objetos que envían Vds. para ellos son los más a propósito. El año pasado recorrí toda la isla de Mindanao de Norte a Sur, pasando por montes, ríos, lagunas y mares, visitando a los infieles, quienes me recibían con mucho gusto en las casas cuando veían que les daba, botones, agujas y otras cositas por el estilo que ellos aprecian mucho, pues nunca han visto semejantes cosas; me ofrecían lo mejor que tenían para comer, como pollitos, plátanos, arroz y otras cosas, sintiendo mucho que no lo tomase; les gustaba mucho que durmiese en sus casitas de caña y hojas de palma; me acompañaban en los bosques y me condujeron por entre montes y bosques espantosos en 24 días a Davao, donde estaba el P. Marcelino, el cual llegó la noche siguiente de una Misión que había ido a visitar para decirles Misa el día de la Virgen de agosto. Llegó enfermo de calenturas, pero a los pocos días ya se encontró bueno y con suficientes fuerzas para acompañarme por mar en una pequeñita embarcación que hacen los indios de un tronco de árbol. ¡Quién me había de decir que sería la última vez! Salimos de Davao el P. Marcelino, yo y otro Padre, acompañados de algunos indios para remar. Visitamos varios pueblos de las costas de Mindanao, siendo muy bien recibidos en todas partes, porque los indios quieren mucho a los Padres Jesuitas. Llegamos, después de seis o siete días de navegación, a un pueblo llamado Caraga, en que era muy conocido y amado el P. Marcelino. Salieron todos a recibirnos con banderitas en los pañuelos, cantando niños y niñas el *Corazón Santo* y otros cánticos del mes de mayo. Tiraron cañonazos y hubo gran repique de campanas a nuestra llegada; quisieron que celebrásemos la fiesta mayor del pueblo; el P. Marcelino lo arreglaba todo y a él se dirigían para todo. Estuvo la fiesta muy animada, y en la procesión acudían con mucha devoción los cristianos y los infieles. Me pidieron que les dejase por misionero al P. Marcelino, a quien dejé en Caraga para concluir la fiesta, saliendo yo en compañía de otros dos Padres a visitar otros pueblos vecinos. Se confesó conmigo antes de separarnos, y después de arreglado todo se embarcó también con seis niños y seis indios grandes el buen P. Marcelino para ir a un pueblo a arreglar algunas familias y para celebrar la fiesta en una de sus misiones. Nosotros salimos para arriba dos días antes que él y él salió para abajo con mala mar. Viose obligado a recogerse en un pueblecito para pasar la noche, pero queriendo al día siguiente, 11 de septiembre, salir tempranito para pasar un paso muy difícil antes que soprase el viento Sur, al llegar a dicho punto llamado Punta Punzan un fuerte oleaje desbarató la embarcacioncita, ahogándose en pocos minutos el Padre y los doce indios que iban con él, sin que se haya sabido ni visto resto alguno de ellos hasta ahora. Así terminó el infatigable misionero Marcelino Casasús, víctima de su celo por la salvación de las almas. Ya en otra ocasión se lo llevó la mar a unas costas muy lejanas, estando una noche y un día sin ver tierra, sólo con tres niños enfermos de calentura y tardando más de ocho días en poder volver a su pueblo. Él desde el cielo rogará al Señor por Vds., viendo lo que han hecho por los niños que él tanto amaba. Yo mismo repartiré a los infieles muchas de las cositas que han Vds. enviado, pues voy a visitar

otra vez la isla de Mindanao. Les enviaré una relación de los viajes y trabajos de los misioneros. No se olviden de rogar por mí, pues son muchos los peligros a que me expongo en tales visitas. De todas Vds. afmo. y S. S. en Cristo Jesús,

Juan Heras, S.J.

HECHOS EDIFICANTES

XLI

CÓMO NOS HEMOS DE PREPARAR A CELEBRAR LA FIESTA DE SANTA TERESA

Esta pregunta creemos oír de labios de nuestros lectores, y por cierto que si alguna preparación extraordinaria se debe hacer por los devotos de la gran Santa en el presente año, que después de la peregrinación a su Cuna y a su Sepulcro, nos prepara otra fiesta solemne en la inauguración del nuevo palomarcito de la Virgen en Jesús de Tortosa.

Contestaremos a esta pregunta con lo que oímos a varias niñas del Rebañito modelo, que por cierto puede serlo a muchas de las que son teresianas.

- ¿Qué haremos para contentar a Santa Teresa de Jesús, nuestra querida Madre, en el día de su fiesta? Preguntábales una de las celadoras de coro.

- Yo ayunaré un día cada semana, decía una.

- Yo no merendaré en todo el mes de octubre, replicaba otra.

- Pues yo haré un cuarto de hora de oración por la mañana y otro por la tarde, decía Luisita.

- Más haré yo, que callaré siempre fuera de lo preciso, exclamó Julia.

- Y más yo, que leeré y meditaré todos los días y aprenderé de memoria una máxima de la Santa. ¿Y tú? ¿Por qué callas, Inés?, preguntó la celadora.

- Porque pensaba otro obsequio mayor a mi gran Santa. Y es que ya que nos ha leído el Director de la *Revista* el mucho fruto que harán en Filipinas los dijes y anillos y pendientes y otros objetos que sólo sirven de incentivo a la vanidad, nos despojemos de ellos todas las teresianas de España, y los reunamos todos e inundemos las Indias con estas fruslerías para ayudar a los celosos misioneros a salvar almas, ya que nosotras no vamos allá. ¡Oh, salvar almas!, replicó Inés, ¡no vale más una sola que todo el mundo! ¡Cuán contentas debíamos estar las del Rebañito si con estas naderías podíamos ganar una sola alma! Y al momento las niñas despojáronse de sus dijes y de lo que más amaban y poco valía, por enviarlo a Filipinas a los Padres de la Compañía de Jesús, para ayudarles de esta suerte en lo poco que pueden a su divinísima misión. ¿Hallará muchos imitadores tan nobilísimo ejemplo?...

C.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

de las Hijas de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús

Igualada. – Las jóvenes teresianas de esta villa han tenido Ejercicios espirituales en los últimos días de julio. Comenzaron el día 22 y terminaron el 29. Bien mostraron las jóvenes católicas con su recogimiento y modestia que comprendían la importancia de este acto. Habló elocuentemente en sus pláticas el Rdo. Dr. D. Martín Juncadella, y no dudo habrá hecho mucho fruto. A pesar de empezarse la Misa y meditación en alta hora de la mañana como es a las cuatro, no obstante, la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores se hallaba cuajada de Teresianas. Por la noche se empezaba a las siete y media un cuarto de hora de lectura, meditación y segunda plática, terminando con un cántico del alma al Sagrado Corazón de Jesús. El altar mayor se hallaba cubierto de negro con un gran Crucifijo, y a un lado San Juan, y al otro Santa María Magdalena; y a sus pies, después de reconocer tantas culpas hechas contra nuestro buen Dios, ¡quién no se entenece y llora!

El día 29 tuvimos la Comunión general, celebrando la Misa nuestro Director muy apreciable el Rdo. Dr. D. José Ezquerra, distribuyendo el Pan de los Ángeles nuestros dignos y amados Directores de la Asociación. Terminaron los santos Ejercicios en la noche de este día,

dirigiéndonos por última vez la palabra el Sr. Dr. Martí, encomendándonos fuésemos perseverantes en las resoluciones que en aquellos días habíamos hecho. Muy buena voluntad ha habido entre todas las hijas de Teresa; lo demostraron con su recogimiento y exactitud en todos los actos. Que reciban el testimonio de nuestra gratitud y millares de gracias el Rdo. Dr. Martí y amados Directores, por el celo que en bien nuestro desplegaron en dichos días; rueguen al Señor que prospere nuestra Asociación y haga fecundos en grandes resultados tan buenos principios para gloria de Dios y su Teresa, para dicha de Igualada y salvación de las almas.

Angelita Riba, Secretaria

Nules. – Establecida la Archicofradía Teresiana hace un año en esta villa, todas las Hermanas deseábamos con ansia los días de los santos Ejercicios para adelantar en el camino de la perfección, imitando a nuestra querida Madre Teresa de Jesús.

Llegó por fin el día 18 de julio y con él la noticia de que nuestro querido fundador, con dos compañeros, llegaban aquella tarde; y todas las jóvenes teresianas volaron en alas de su fervor a la iglesia del exconvento de Carmelitas, en donde está establecida nuestra Asociación, y comenzando los Ejercicios con las sabias instrucciones preparatorias, quedamos citadas para la mañana del siguiente día.

A las cinco y cuarto de la mañana del 19 se encontraban todas las jóvenes reunidas, y a las seis dio principio el ejercicio con Misa por D. J. Bautista Altés, meditación por D. Enrique de Ossó, y plática por D. Juan Altés.

Por la tarde, a las cinco y media, meditación y plática por los mismos presbíteros, cantando el *Perdón* y plegaria a Santa Teresa, con acompañamiento de armonium. Este mismo ejercicio tuvo lugar en los siguientes días 20 y 21, concurriendo todas las teresianas.

El Rdo. D. Leopoldo Roig se encargó del Rebañito del Niño Jesús, concurriendo a la iglesia de la Sangre las niñas que a él pertenecen, en donde cada día las instruyó y dispuso el citado señor para hacer una buena confesión. Gozo daba ver aquellas niñas tan puntuales y fervorosas acudir a todo con una atención y compostura impropia de sus años.

El domingo 22 fue la función de despedida, la que, por la coincidencia de celebrar en el mismo día y templo la función que los cofrades dedican a su patrona Nuestra Señora del Carmen, fue solemnísimamente y por ambos conceptos grandiosa. Se cantó la Misa con acompañamiento de armonium, pronunciando un bonito y elegante sermón D. Enrique de Ossó a Nuestra Señora del Carmen, con algunas ligeras observaciones para nosotras, diciéndonos la gran devoción que a Nuestra Señora del Carmen debemos tener como hijas de su hija Santa Teresa. Recibieron la Comunión en dicha Misa más de 600 personas, entre Carmelitas y Teresianas.

Pero lo que más nos llenó de gozo y admiró a toda esta villa, fue la función de la tarde. A las cuatro se expuso a Su Divina Majestad, se rezó en seguida la Estación, Trisagio, Cuarto de hora de oración y sermón por D. Juan Altés, el que estuvo tan elocuente y conmovedor, que a todos pareció corto el rato que ocupó la sagrada cátedra; nos encargó la perseverancia en los propósitos, porque de nada sirve comenzar bien y acabar mal, que sólo al que persevera se le da la corona.

Luego fueron admitidas varias jóvenes en la Archicofradía, y cantando el *Te Deum* en acción de gracias, se reservó Su Divina Majestad; y para que la fiesta fuese cumplida se hizo en seguida la procesión, llevando las imágenes de Nuestra Señora del Carmen y de Santa Teresa, con gran concurrencia de hombres, además de los cofrades, yendo detrás en dos filas todas las Teresianas con la medalla y cinta blanca sobre la mantilla, con el coro de ellas cantando, y niñas vestidas de blanco.

La concurrencia a las funciones, numerosa, además de las asociadas, y el fruto de estos días se ve muy claro, pues se apresuran a entrar en la Archicofradía tantas, que se han formado siete nuevos coros.

También se instaló la Escuela dominical para las jóvenes.

Todas damos gracias a Dios, al Rdo. D. Enrique, a sus compañeros y a nuestros señores Directores, que con tanto celo procuran nuestra salud espiritual; rogando a Dios, por intercesión de nuestras Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús, guarde la vida de tan respetables sacerdotes, para que con su celo apostólico extiendan el reinado de Jesús, como lo piden en sus pobres oraciones, especialmente la más indigna hija de María y Teresa de Jesús. *V.V., Secretaria.*

Villafranca del Cid. – Los Ejercicios espirituales que tuvieron las Teresianas de esta importante villa han dado copioso fruto. Los empezó el Rdo. Llassat y los concluyó el Director, que no pudo empezarlos por hallarse algo indispuerto de un fuerte resfriado. La concurrencia fue muy numerosa y recogida, sintiendo en extremo pasaran tan veloces aquellos felices días. Las niñas del Rebañito son de las más fervorosas que hemos visto. El celo de su digno Cura Párroco y los demás de la Junta hará que no decrezca la llama de amor divino y desprecio del mundo que ha prendido en muchos de aquellos animosos corazones.

Son en extremo consoladoras las cartas que recibimos, detallándonos las funciones que el día de la Transverberación del corazón de Teresa de Jesús se hicieron en varios puntos, uniéndose espiritualmente a los peregrinos de Alba de Tormes. En Huesca, merced al celo del Director, señor Gravina, secundado por varias personas y Teresianas, se hizo una función solemnísimas en las Carmelitas, no pudiendo la iglesia contener a la piadosa multitud, repartiendo por la mañana la sagrada Comunión aquel señor Obispo. Tortosa, Calaceite, Valencia, Alicante, Alcoy y cien otros lugares celebraron Misa de Comunión y sermón, juntándose sus súplicas a las nuestras, sus deseos a nuestros deseos de los peregrinos de Alba por hacer más dulce violencia al Corazón de Jesús, por medio del de su Teresa.

**IMPORTANTE A TODOS LOS SUSCRIPTORES
DE LA REVISTA TERESIANA AL ENTRAR EN EL SEXTO AÑO**

Nos merecen nuestros constantes favorecedores y suscriptores de la *Revista*, que pronto va a entrar en el sexto año de su existencia, una confianza, y vamos a hacérsela.

Y es que todo el producto líquido que sacamos de la *Revista* se destina íntegro a una obra de mayor gloria de Dios, y que creemos está destinada a ser como el fundamento, el sostén y el complemento más perfecto de todas las obras que hemos emprendido y en adelante se emprenderán, para hacer conocer y amar a Jesús de Teresa por medio de Santa Teresa de Jesús. Es una obra de celo destinada a extender el reinado del conocimiento y amor de Cristo Jesús, a fomentar todos sus divinos intereses en grado muy superior a toda ponderación. Un día, no lejano tal vez, empezarán a gustarse sus frutos de salud por el pueblo católico y español, y entonces les revelaremos el nombre y detalles de esta grande obra. Por hoy básteles saber que la obra existe ha más de un año, con la bendición de nuestro ilustrísimo Prelado y de otros varios españoles, y que según todas las trazas es obra de Dios. Por consiguiente, excusado creemos estimular el celo de nuestros suscriptores y lectores, y de todos los amantes de Santa Teresa, para que coadyuven con su óbolo al sostenimiento y engrandecimiento de esta obra. Sólo queremos hoy indicarles un medio muy fácil, y es, que al renovar la suscripción a la *Revista teresiana* NO VENGAN SOLOS, busquen uno o más suscriptores que les acompañen. Así harán dos grandes bienes: propagar la devoción de la Santa de nuestro corazón, haciéndola conocer y amar por la lectura de la *Revista*; y segundo, contribuir al sostenimiento y perfección de una obra que, llevada a cabo con el favor de Dios, es la que más y mejor ha de hacer conocer y amar a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús. Basten, repetimos, estas ligeras indicaciones, para que se aumente el número de los suscriptores a la *Revista* de Santa Teresa de Jesús al entrar en el sexto año de su existencia.

E. de O.

**LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS
SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE,
CAUTIVO Y POBRE**

Santa Teresa de Jesús, salvad a Pío IX, salvad a España: varios	
Devotos de San Jorge, Ulldecona, Tortosa, y algunos	
Peregrinos teresianos	500 rs.
<i>Suma</i>	<u>1.438 rs.</u>